

La abstención en las elecciones venezolanas de 1998: recursos y compromiso político*

Abstention in Venezuelan elections of 1998: resources and political commitment

Domingo Medina Gutiérrez

Resumen

Los estudios llevados a cabo y la literatura especializada ha identificado, al menos, cuatro tipos de factores que influyen sobre la decisión de un individuo acerca de acudir a depositar su voto o no en unas elecciones. Con el fin de ofrecer explicaciones acerca de la abstención observada en las dos elecciones realizadas en Venezuela durante 1998 (noviembre y diciembre), en el presente artículo se ponen a prueba hipótesis derivadas de consideraciones de los enfoques de estatus socioeconómico y de compromiso político y –por razones que luego se aclaran– se deja de lado el análisis de la integración social.

Palabras clave:

Venezuela; Comportamiento electoral; Abstención electoral.

Abstract

Numerous studies and specialized literature have identified at least four types of factors influencing the decision of each individual of casting votes or abstaining from doing so in elections. In order to explain abstention in the two elections held in Venezuela in 1998 (November and December), this article studies the hypotheses arising from the approaches of socio-economic status and political commitment, and –for reasons specified ahead– social integration is not analyzed.

Key words:

Venezuela; Electoral behavior; Electoral abstention.

* Este artículo es una versión resumida del trabajo de investigación “Los determinantes individuales de la abstención en las elecciones venezolanas de 1998: recursos y compromiso político”, dirigido por el profesor José Ramón Montero y presentado ante el Tribunal de Estudios Avanzados del Programa de Doctorado en Teoría Política, Teoría Democrática y Administración Pública de la Universidad Autónoma de Madrid para acceder al Diploma de Estudios Avanzados. Debo agradecer muy sinceramente la colaboración del profesor Friedrich Welsch, de la Universidad Simón Bolívar y miembro de RedPol, por poner a mi disposición las encuestas electorales –del año 1998–, sin las cuales la realización de esta investigación habría sido imposible.

Recibido: 30-01-2004

Aprobado: 29-03-2004

INTRODUCCIÓN

El sistema político venezolano (SPV) siempre ha sido un caso interesante para los analistas internacionales, sobre todo a partir de los noventa (Naim, 2001:55). La instauración de la democracia en 1958, a raíz del derrocamiento del dictador Marcos Pérez Jiménez, dio origen a un sistema político que mediante la satisfacción de las, ya para ese entonces, crecientes demandas sociales y la forma consensuada de toma de decisiones permitieron la modernización de la sociedad venezolana y la estabilización de la democracia. En ambos casos, eso se logró en apenas quince años: en primer lugar, luego de la primera presidencia de Rafael Caldera (1969-1974) los venezolanos disfrutaban de excelentes niveles de ingresos y PIB per cápita, se había ampliado enormemente el acceso a los subsistemas de salud y educación (especialmente, la educación superior), y la urbanización y la industrialización de las principales ciudades seguía creciendo. Por otra parte, la política de *pacificación* propugnada por el gobierno de Caldera significó el abandono de las luchas guerrilleras por parte de la izquierda venezolana como medio para alcanzar el poder. A partir de entonces, los principales líderes de estos grupos formaron partidos (como el Movimiento al Socialismo) que pasaron a formar parte del ya institucionalizado sistema político venezolano. Como muestra de la estabilidad del sistema y de la satisfacción de la sociedad venezolana con el mismo, se suele señalar un dato que es muy ilustrativo: en la elecciones de diciembre de 1973 los dos principales partidos obtuvieron casi el 90 por ciento de los votos y la abstención electoral fue la más baja de todo el período: apenas 3,48 por ciento.

Sin embargo, en los últimos años el SPV ha sido un caso muy interesante por la rapidez con la cual esos mismos datos comenzaron a mostrar claros signos de deterioro. A partir de entonces, los niveles de ingreso, PIB per cápita y salarios reales descendieron brutalmente, los índices de escolaridad y asistencia sanitaria cayeron, la pobreza, y con ella los llamados cinturones de miseria de las grandes ciudades, crecieron alarmantemente. Por otra parte, los niveles de afiliación e identificación partidista, así como de participación electoral, descendieron drásticamente. En 1989 se produjeron en Caracas manifestaciones y disturbios que culminaron con los saqueos de muchísimos establecimientos comerciales como respuesta al aumento de la gasolina, de los precios del transporte público y de los alimentos de la llamada canasta básica, que habían sido impulsados por la puesta en marcha de un plan de ajuste económico por parte del gobierno de Carlos Andrés Pérez. En 1992 el SPV también tuvo que soportar dos intentos de golpe de Estado –en febrero y noviembre–, sin duda, la máxima expresión de la crisis del mismo. Ya para mediados de los noventa esa crisis era, como bien lo señala Luis Salamanca (1996:324), *global*, y estaba caracterizada por los siguientes rasgos:

- a. Sobrecarga de demandas alimentada por una disminución de su capacidad de respuesta, generando una relación negativa insumo-producto.
- b. Disminución y virtual colapso de la capacidad regulativa (deterioro de las funciones de control y coerción).
- c. Descenso de la capacidad distributiva
- d. Declinación de los apoyos específicos.
- e. Desarticulación de las reglas de conciliación populista.
- f. Colapso de la retroalimentación positiva expresada en el incremento de la opinión negativa hacia el funcionamiento y los resultados del sistema (Salamanca, 1996).

Manuel Hidalgo (2000:118), por su parte, destaca tres fenómenos de la crisis del SPV: la ruptura del consenso social alcanzado tras la instauración de la democracia, la crisis política de 1992-1993 y las transformaciones del sistema de partidos. La ruptura del consenso social se manifestó mediante el estallido social de los días 27 y 28 de febrero de 1989 (p. 118), luego de que el gobierno anunciara y comenzara con los primeros pasos de la aplicación de un programa económico, cuyas principales medidas contemplaban la estabilidad macroeconómica, las privatizaciones, la desregulación y la apertura comercial (p. 103). Comenzaba, así, una etapa que se caracterizaría por los conflictos distributivos, ya que los costos sociales del programa de ajustes recayeron sobre el sector laboral, con la reducción de los salarios reales promedio y el crecimiento del sector informal (pp. 118-119). Además, los niveles de pobreza y desigualdad en la distribución del ingreso se mantuvieron, lo que ocasionó la descomposición y disolución de grupos y sectores que hasta entonces habían constituido el soporte principal de la democracia venezolana (p. 119).

En ese contexto de conflictividad social y de crisis del sistema populista de conciliación, un sector de las Fuerzas Armadas irrumpió en la vida política a través del frustrado golpe de Estado del 4 de febrero de 1992, liderado por Hugo Chávez Frías. Este intento de salida de fuerza obedeció a factores como el descontento con el gobierno, especialmente su actuación ante el estallido social de febrero de 1989 y su disposición hacia la corrupción, a la gravedad de la situación económica y al funcionamiento interno de las mismas Fuerzas Armadas (p. 120). A pesar de su fracaso, este movimiento insurgente levantó múltiples simpatías en la población por su deseo de reemplazar a unas élites políticas corruptas y de modificar la política económica, que afectaba a los sectores más desfavorecidos de la población (p. 120). En noviembre de ese mismo año, a una semana de celebrarse las elecciones regionales y municipales, se llevó a cabo otro intento de golpe de Estado. La crisis política no remitiría hasta mayo de 1993, cuando se destituyó al presidente Carlos Andrés Pérez por malversación de fondos de una partida secreta (pp. 121-122).

Las elecciones celebradas en Venezuela durante la década de los noventa se llevan a cabo en ese contexto de crisis. Muchos analistas coinciden a la hora de señalar los rasgos más importantes de esos procesos electorales, especialmente los nacionales (Álvarez, 1996; Salamanca, 1996; Hidalgo, 2000). Hidalgo los resume de la siguiente manera:

- i) Elevada frustración debido al incumplimiento de las promesas electorales por parte de los gobernantes.
- ii) El declive de los partidos políticos y elevada personalización de la política.
- iii) Polarización ideológica y surgimiento del *cleavage* de clase.
- iv) Aumento de la volatilidad electoral y la fragmentación política (Hidalgo, 2000:123-125, 144-151).

A esos elementos hay que agregar la caída de la participación electoral, recurrentemente señalada como un componente importante de la crisis del SPV. En efecto, desde el 3,48 por ciento de las elecciones de 1973 la abstención ha venido en franco aumento, aunque es en los noventa cuando alcanza sus niveles máximos. Los cuadros 1 y 2 resumen los porcentajes que ha alcanzado la abstención en los distintos procesos electorales celebrados en Venezuela desde 1958. En las páginas que siguen someteremos a estudio solamente la observada en las elecciones de 1998, utilizando para ello las encuestas preelectoral y postelectoral de la RedPol.¹

Cuadro 1
Abstención electoral 1958-2000: elecciones nacionales²

1958	1963	1978	1973	1978	1983	1988	1993	1998	2000
6,58	7,79	5,64	3,48	12,43	12,25	18,1	39,84	36,54	43,69

Fuente: Consejo Nacional Electoral.

¹ RedPol es una red de estudios políticos, integrada por profesores de los más importantes centros de investigación de las principales universidades e institutos de Venezuela, como el Instituto de Estudios Políticos (IEP) y el Centro de Estudios del Desarrollo (Cendes) de la Universidad Central de Venezuela (UCV), la Universidad Simón Bolívar (USB), el Instituto de Estudios Superiores en Administración (IESA) y la Universidad del Zulia (LUZ).

Las encuestas que utilizaremos aquí fueron realizadas por la firma Datos I.R. para RedPol. El trabajo de campo de la encuesta preelectoral se realizó entre el 13 y el 27 de noviembre de 1998; en ese sentido, es preelectoral sólo con respecto a las elecciones de diciembre (presidenciales), pero no con respecto a las de noviembre. El trabajo de campo de la encuesta postelectoral se llevó a cabo entre el 8 de febrero y el 2 de marzo de 1999 (ver anexo, ficha técnica).

² Sólo en 1998 las elecciones para diputados y senadores y para presidente de la república se realizaron en jornada distinta. Las primeras se llevaron a cabo en el mes de noviembre, fecha en la cual también se eligieron los gobernadores de estado y diputados a las asambleas legislativas; las elecciones presidenciales se realizaron en diciembre. Por otra parte, los cambios introducidos por la Asamblea Nacional Constituyente de 1999 y recogidos en la Constitución Nacional sancionada ese mismo año, obligaron a la celebración de las elecciones del año 2000.

Cuadro 2
Abstención electoral 1979-2000: elecciones regionales y municipales³

1979	1984	1989	1992	1995	1998	2000
27,13	40,7	54	50,72	53,85	47,56	43,55

Fuente: Consejo Nacional Electoral.⁴

LOS ANTECEDENTES EN EL ESTUDIO DE LA ABSTENCIÓN ELECTORAL

Como señala Ángel Álvarez, la abstención en Venezuela es un fenómeno relativamente reciente (1996:147), aunque según otros autores más bien es un fenómeno cada vez más destacado de los últimos procesos electorales venezolanos (Molina Vega y Pérez Baralt, 1994; Maingón y Sonntag, 1997). Por ello, los estudios sobre el comportamiento electoral de los venezolanos casi nunca se enfocaron hacia el fenómeno de la abstención. Álvarez también apunta que la abstención en Venezuela es importante porque expresa el distanciamiento de los electores con respecto al sistema de partidos (Álvarez, 1996:147). A Álvarez le llama la atención el aumento de la abstención pese a los cambios operados en el SPV con la descentralización y la elección directa de las autoridades y representantes regionales y municipales, cuyo propósito era propiciar un acercamiento entre los electores y los elegidos, por un lado, y la reforma del sistema electoral, que pretendía la personalización de la representación, por la otra (p. 147). Por ello, Álvarez duda de la capacidad de los liderazgos surgidos del proceso de descentralización para generar altos niveles de

³ En las elecciones de 1979 y 1984 sólo se eligieron concejales municipales. La aprobación en 1989 de las leyes de Descentralización y de Elección y Remoción de Gobernadores de Estado permitieron que en el resto de las consultas los venezolanos pudiesen elegir directamente a los gobernadores, antes designados por el Presidente de la República. Por otra parte, la modificación de la Ley Orgánica de Régimen Municipal creó la figura del Alcalde Municipal, también a ser elegido directamente por los electores. En cuanto a los diputados a las asambleas legislativas, órganos legislativos estatales, siguieron eligiéndose en las elecciones nacionales de 1993 y sólo a partir de 1995 se hizo en comicios regionales; excepciones a este caso son los diputados a las asambleas legislativas de los estados Amazonas y Delta Amacuro, elegidos ya en 1992 al cambiar de territorios federales a entidades federales ese mismo año.

⁴ Los estadísticas electorales pueden consultarse en la página web del Consejo Nacional Electoral (www.cne.gov.ve). Debo consignar aquí una observación muy acertada que sería difícil expresar con mejores palabras que las utilizadas por el árbitro (anónimo) de este artículo: “[Los] valores reflejados en los años 1958 al 1968, corresponden a una data poco rigurosa, a tono con un registro electoral descentralizado, a instancia del elector, periódico y levantado para cada proceso electoral. Es a través de la legislación electoral de 1970, cuando se configura el Registro Electoral Permanente (REP), siendo su primera prueba las elecciones nacionales de 1973; sus características son: centralizado, continuo, permanente y con significativos elementos de automatización y racionalización técnica para la época”.

participación electoral (p. 147). Sin embargo, uno de los principales hallazgos de la ciencia política en materia de comportamiento electoral apunta a que la participación en las llamadas elecciones de segundo orden –gobernadores, alcaldes, etc.– tiende a ser inferior a la que se observa en las elecciones consideradas de primer orden, en las cuales se decide el futuro gobierno del país (Lijphart, 1997). Finalmente, Álvarez señala la asociación que en Venezuela ha habido entre abstención y rechazo a los partidos políticos, al descrédito de las élites y a la percepción de inutilidad de las elecciones (Álvarez, 1996).

Salamanca (1996:335) e Hidalgo (2000:144; 2002:6) coinciden con Álvarez con respecto al componente de rechazo a los partidos políticos y desprestigio de las élites. Salamanca agrega el rechazo a la gestión de los gobiernos, no sólo desde el punto de vista de la satisfacción utilitaria, sino también en cuanto al desempeño ético de los mismos (Salamanca, 1996:335). Asimismo, hace notar que el aumento de la abstención electoral coincide con el período de mayor malestar en el país: devaluación, inflación, explosión social, intentos de golpe de Estado. En su opinión, y coincidiendo nuevamente con Álvarez, el descenso de la participación electoral no puede ser contrarrestada por ninguna fuerza política, ni siquiera las emergentes (p. 335). Esto se debe, entre otras razones, a la crisis de los partidos y la desestructuración del sistema de partidos (Hidalgo, 1998:99). El control largamente ejercido por los partidos políticos sobre los escasos canales de participación y representación –insuficientes para un país socialmente heterogéneo y que ha sufrido importantes cambios socioeconómicos durante décadas– para que los distintos sectores sociales puedan expresar sus demandas e intereses (Hidalgo, 1998:99; Álvarez, 1996; Salamanca, 1996), y la pérdida de su capacidad agregativa, ha llevado a que los electores establezcan una relación más directa y personalizada con los líderes, mediatizada las más de las veces por las posibilidades que ofrecen los medios de comunicación, o a optar por la abstención.

Los análisis también abundan en consideraciones acerca de los causas y los significados de los resultados electorales. Molina Vega y Pérez Baralt introducen la discusión acerca de los desalineamientos y realineamientos partidistas cuando analizan las elecciones de 1992 (Molina Vega y Pérez Baralt, 1994:70-71). Lo mismo hace Henry Vaivads (1999:134 y ss.), quien resalta el protagonismo de los partidos políticos, tanto desde el punto de vista electoral como social, hasta 1988 (p. 137) e intenta explicar las causas de que ello ya no sea así. La conclusión a la que llega Vaivads es que Venezuela se encuentra en una fase de desalineamiento partidista, cuyos indicadores serían el descenso de la participación electoral y la erosión de los vínculos partidistas (p. 139). Este proceso estaría explicado por “un cambio en la valoración que los venezolanos tienen de los *objetos políticos*” (p. 143), lo que

estaría permitiendo que de una relación “patrimonial-clientelar” se esté transitando hacia una “más racional”, con la eficiencia como “elemento articulador” (p. 144). La evidencia que aporta Vaivads es bastante escasa; de hecho sólo ofrece los datos agregados –obtenidos a través de encuestas– acerca de la vinculación de los ciudadanos con los partidos políticos en los años 1973, 1983, 1990 y 1994, y los niveles de abstención electoral en las distintas contiendas electorales llevadas a cabo en Venezuela hasta 1993. Quedan por explicar las causas que producen esa “erosión de los vínculos partidistas” y el aumento de la abstención electoral. Molina Vega y Pérez Baralt tampoco precisan las causas del desalineamiento que ellos observan en las elecciones regionales y locales de 1992 (Molina Vega y Pérez Baralt, 1994:85); como en el caso anterior, las razones para pensar en ello son los altos niveles de abstención, la volatilidad electoral –debido al debilitamiento de las lealtades partidistas– y la reducción de la concentración del voto en los dos principales partidos (AD y Copei) que se había observado hasta las elecciones de 1988 (Molina Vega y Pérez Baralt, 1994). La volatilidad electoral podría estar explicada, en parte, por el surgimiento de liderazgos regionales y locales (p. 84), auspiciados por las todavía recientes leyes de Descentralización y de Elección y Remoción de Gobernadores. Al igual que en el estudio de Vaivads, queda por explicar por qué los electores estarían cambiando sus preferencias y otorgando el apoyo a nuevos líderes o decantándose por la abstención; es decir, por qué se debilitan las lealtades partidistas y el voto ya no es “monopolizado” por los dos grandes partidos, por una parte, y por la otra por qué un porcentaje relativamente alto de electores no apoya con su voto a los partidos AD y Copei, pero tampoco a los nuevos líderes regionales.

Hay, sin embargo, otro punto de coincidencia entre los analistas políticos: sus estudios se basan en datos agregados y sus conclusiones se derivan del análisis de algunos de los factores institucionales solamente, lo que le resta fuerza –en el mejor de los casos– a los análisis. Se descuidan, de esa manera, los elementos individuales de la participación electoral. En un país en el que, como hemos señalado más arriba, se han producido importantes cambios sociales, económicos y políticos durante las últimas décadas, habría que analizar los recursos individuales con los cuales los electores se enfrentan a la vida política, sus disposiciones ante los intentos de movilización de los partidos políticos y la influencia que sobre ellos ejerce el contexto institucional (Barreiro, 2001; Anduiza Perea, 1999; Font, 1995; Virós, 1994; Justel, 1995; Rosenstone & Hansen, 1993; Franklin, 1996).

Por otra parte, la utilización de datos agregados hace que a menudo se incurra en la llamada *falacia ecológica*: a partir del establecimiento de correlaciones ecológicas entre propiedades y características del agregado estudiado se infieren correlaciones individuales (Justel, 1995:42). En otras palabras, se atribuyen

comportamientos a los individuos a partir de las observaciones de los datos agregados. Pero, como aclara Justel, “las regularidades empíricas y estadísticas de carácter colectivo o agregado no garantizan su correspondencia en las pautas individualizadas de los miembros del agregado” (p. 42).

Ello no ha obstado para que el crecimiento de la abstención electoral haya sido interpretado como un rechazo y la consiguiente pérdida de legitimidad del sistema y/o de sus actores principales. Esto se debe a que los análisis conservan supuestos o postulados de carácter normativo (pp. 18-19). Sin embargo, la concepción de la abstención como desencanto o desafección es bastante criticable desde el mismo punto de partida (Montero, 1986:74-75). Hasta ahora no se ha probado, consistentemente, que haya una relación causal directa entre la participación y la legitimidad, mientras que las afirmaciones acerca de las actitudes antidemocráticas de los abstencionistas tienen muy escaso fundamento (pp. 74-75). Por otra parte, las opiniones de abstencionistas y votantes “no suelen cristalizar en tendencias claramente diferenciadas” (pp. 114-115). En cuanto a los estudios sobre participación política, la abstención ha sido considerada como una conducta *no convencional* o incluso *patológica* (Justel, 1995:20). Sin embargo, está claro que los abstencionistas no siempre tienen razones negativas para negarse a participar (Virós, 1994:10); por otra parte, el conformismo o el simple apoyo ritual de muchos ciudadanos puede llevar a mantener estructuras sin capacidad para la autocrítica y condenadas a la inercia, lo que a su vez puede afectar negativamente la legitimidad del sistema (p. 10).

Hacer un estudio utilizando datos individuales procedentes de las encuestas como el que aquí nos proponemos, permite profundizar en el análisis y hallar correlaciones y alcanzar explicaciones de los comportamientos individuales (Justel, 1995:38) que los datos agregados no permiten observar. Eso quiere decir que el hecho de partir de datos individuales permite “establecer en qué medida los comportamientos individuales vienen determinados o se explican por factores medioambientales o por factores individuales en sentido estricto” (p. 38). Manuel Justel (1995:38 y ss.), Eva Anduiza Perea (1999:46 y ss.) y Joan Font (1993a:121 y ss.) ofrecen una larga y muy sustentada discusión acerca del alcance y las limitaciones del uso de las encuestas. Entre las principales limitaciones se cuentan la simplificación de la realidad que las encuestas suponen, la poca profundidad con la que se examinan cuestiones muy complejas, la dificultad para reflejar el contexto social del entrevistado (p. 122), y la posibilidad de incurrir en la falacia individualista, al suponer que “fenómenos de un orden superior resultan de la simple agregación de propiedades o unidades de un orden inferior” (Justel, 1995:45).

En cuanto al estudio de la abstención, también el uso de encuestas supone algunos inconvenientes, derivados principalmente de la subrepresentación de los abstencionistas. Sin embargo, como apunta Font, es un fenómeno que se observa en todos los países y/o tipos de elección (1993a:123). Las diferencias entre la participación real y la recogida en las encuestas⁵ pueden deberse a dos factores: que el abstencionista no haya sido encuestado o que le haya mentado al encuestador (p. 126); si el caso es el último, la comprobación es posible recurriendo a las listas electorales (p. 126).⁶ La otra posibilidad –que el abstencionista no haya sido encuestado– puede obedecer a dos razones: a errores en la configuración de la muestra⁷ o a que el abstencionista haya rehusado ser entrevistado (pp. 129 y ss.).⁸

En otras palabras, hay un determinado porcentaje de abstencionistas que no puede ser detectado por la encuestas (p. 130) y eso puede suponer algunos problemas a la hora de arribar a las conclusiones. El hecho de que una parte de los abstencionistas no haya podido ser entrevistada y que otra parte oculte su comportamiento, plantea interrogantes acerca de la representatividad de la muestra y de los sesgos que pueda tener (p. 130). En algunos casos, como hemos mencionado antes, la utilización de las listas electorales puede ayudar a depurar la muestra, pero ello no es siempre posible. Las tendencias señalan que un tercio del total del colectivo abstencionista no puede ser detectado por las encuestas y muchos autores señalan que los falsos votantes corresponden a un tipo de abstencionista no tradicional o a “medio camino entre el voto y la abstención” (p. 130).⁹

⁵ La abstención en las elecciones de noviembre fue de 47,56 por ciento y la de diciembre de 36,54 por ciento (ver cuadros 1 y 2). La abstención declarada por los individuos en las encuestas que estamos usando fue de 29,3 por ciento (noviembre) y 19,2 por ciento (diciembre). Por otra parte, se observa fácilmente que hay una diferencia importante (alrededor de 10 puntos porcentuales) en los porcentajes de abstención –tanto reales como declarados– en ambas elecciones. Sería interesante estudiar con mayor profundidad este hecho. Como se ha apuntado más atrás, Lijphart (1997) señala que la abstención en las elecciones de segundo orden –en este caso, las regionales– suele ser mayor que en las de primer orden –presidenciales. Este autor recomienda que para evitar este efecto las elecciones de segundo orden se realicen de manera conjunta con las de primer orden. Lo sucedido en la jornada electoral de 2000 pareciera darle la razón: la abstención en esa consulta se ubicó en 43,69 por ciento –presidenciales– y 43,55 por ciento –regionales–, con una diferencia porcentual –si separamos analíticamente ambos tipos de elecciones– virtualmente nula y que podría deberse, entre otras cosas, a aspectos técnicos relacionados con la contabilización y totalización de los votos. Debemos aclarar, sin embargo, que examinar esta diferencia con más detalle excede nuestros modestos propósitos, encaminados solamente a establecer cuáles factores están asociados a la abstención o, dicho con otras palabras, señalar cuáles factores explican –estadísticamente hablando– la abstención en las elecciones de 1998.

⁶ Desafortunadamente, no es ése nuestro caso.

⁷ Lo que afecta en mayor medida a los grupos más marginales (Font, 1993a:129).

⁸ En opinión de Crewe y otros (1977), las mismas razones que lo llevan a abstenerse lo hacen rechazar el ser entrevistado [citado en Font, 1993a:129].

⁹ Traducción libre del autor. El original de Font está en catalán y éstas son sus palabras exactas: “...a mig cami entre el vot i l’abstenció...”.

Finalmente, el estudio de la abstención electoral distingue entre abstención voluntaria y abstención forzosa. También a este respecto la discusión es prolija y de larga data (Font, 1993a:136). De lo que se trata es de hacer una diferenciación entre los que no *pudieron* y los que no *quisieron* ir a votar. Para Joan Font, se trata de una cuestión de prioridades; preguntados acerca de las razones por las que no han podido votar, muchos abstencionistas dicen que “estaba fuera de la ciudad”, “nos fuimos a la playa”, “no tuve tiempo”, “estaba enfermo”, etc. (p. 139). Para Font, las circunstancias que hacen que ir a votar sea absurdo son muy escasas, por lo que *no poder ir a votar* es algo completamente relativo (p. 139).

Todas estas carencias y limitaciones dan lugar a sesgos muy difíciles de neutralizar, incluso en términos analíticos (Justel, 1995:60). Es por ello que muchas veces los abstencionistas son caracterizados como individuos social y políticamente aislados y marginados; también, por ello, la abstención voluntaria de individuos social y políticamente activos aparece como residual e insignificante (p. 66). Conviene, sin embargo, tener estos elementos siempre presentes para que –a la hora de las conclusiones– los resultados no sean tomados como verdades definitivas.

UNA MIRADA EXPLICATIVA

Como asomábamos más arriba, la decisión de un individuo acerca de acudir a depositar su voto o no en unas elecciones no es una decisión que dependa de un único factor o que pueda ser explicada por una única causa, sino que hay múltiples factores que inciden sobre ella. Los estudios llevados a cabo y la literatura especializada ha identificado, al menos, cuatro tipos de factores: cómo es la persona, cómo juzga lo que hacen los partidos, cuán sensible es a los intentos de seducción y movilización de las fuerzas políticas, y cómo le afecta el contexto institucional en el que vive (Barreiro, 2001:4).

Estos factores suelen agruparse de distintas maneras. Así, Anduiza Perea (1999) prefiere hablar de factores individuales, sistémicos e institucionales; Virós (1994) prefiere culturales, institucionales y gubernamentales; Franklin (1996) habla de recursos individuales, movilización política y contexto institucional; Font señala que desde un punto de vista las variables se pueden agrupar en individuales (características personales y actitudes) y agregadas (contexto social y agentes políticos), pero desde otro se puede hablar de variables sociológicas (características personales y agregadas) y políticas (actitudes y agentes políticos) (Font, 1993a:231). En todo caso, la propensión de los individuos a participar en unas elecciones dependerá de sus atributos personales, de la evaluación de la oferta política, de los

intentos de movilización de los partidos políticos y de la *presión* que ejerza el contexto institucional (Barreiro, 2001:4-6).

Los recursos o atributos individuales están determinados, en gran medida, por la edad y la educación, que proveen a los individuos los conocimientos y experiencias con los cuales se enfrentan a la vida política (p. 4). La edad, sin embargo, puede actuar algunas veces más como una limitante que como un recurso que favorezca la participación; tal es el caso de las personas de edad avanzada y que enfrentan problemas de aislamiento, movilidad, enfermedad, etc. (Anduiza Perea, 1999:97). También se habla de recursos o atributos actitudinales, referidos a la implicación o los compromisos del individuo con la política, entendiendo por tal el interés, la evaluación de la política, la afiliación a un partido y/o la tenencia de una ideología (Barreiro, 2001:5; Anduiza Perea, 1999:91). Finalmente, la importancia de la integración social, tanto como fuente de información como de presión social para tomar una determinada decisión (como votar o abstenerse) es bastante señalada (Barreiro, 5; Anduiza Perea, 91); puede medirse a través del estado civil, la pertenencia a alguna asociación o la asistencia a los servicios religiosos (Barreiro, 2001; Anduiza Perea, 1999:107 y ss.; Justel, 1995).

Pero hay otro conjunto de factores que también ejercen una influencia sobre los individuos a la hora de decidir si finalmente van a depositar su voto en las urnas o no. Éstos tienen que ver, como ya apuntábamos antes, con los agentes políticos y, más concretamente, con sus intentos de movilizar a los electores y con la forma en la que son juzgados por ellos. Las encuestas suelen recoger elementos relativos a los intentos de movilización de los partidos, la exposición de los individuos a la campaña electoral¹⁰ y su participación en la misma. Lamentablemente, en el caso que nos ocupa, las encuestas sólo piden a los electores que señalen cuál ha sido el medio más útil para informarse acerca de la situación del país y de la campaña electoral, pero no con cuánta frecuencia.

En uno de sus estudios, Belén Barreiro trata de “comprobar si la insatisfacción con la coyuntura medida a título individual [...] fomenta realmente la participación” (2001:5). La hipótesis que se deriva de estas consideraciones van en contra de lo que han sostenido los analistas de la situación venezolana; en efecto, y como veíamos antes, la mayoría de ellos asociaba la abstención electoral con el *desencanto* que los venezolanos sentían hacia la situación económica y política. También

¹⁰ A este respecto las encuestas suelen pedir a los entrevistados que digan con cuánta frecuencia siguen la información política y, más concretamente, la campaña electoral y a través de cuáles medios, si han sido contactados y de qué manera por los partidos políticos (y por cuáles), etc.

es cierto que las relaciones entre política y economía han sido puestas a prueba por muchos analistas y las conclusiones no son siempre coincidentes.¹¹ En muchos casos, las manifestaciones políticas –el voto– han sido interpretadas como producto de las percepciones económicas, pero tales percepciones económicas también pueden estar influidas por factores políticos, como las actitudes, la ideología o la identificación partidista (Maravall y Przeworski, 1998). Por ello, afirmar –o incluso insinuar– que la insatisfacción con la situación económica y política reduce las probabilidades de abstención no sólo puede parecer contraintuitivo, sino hasta un tanto aventurado. En cualquier caso, se le puede tratar como una hipótesis de trabajo a ser puesta a prueba; los resultados que se obtengan señalarán qué se puede colegir de ellos y qué se puede afirmar o negar, según sea el caso. Pero en un caso como el de Venezuela, con un franco deterioro económico estructural –ya no solamente coyuntural– es de esperar que la participación electoral esté más bien asociada con una evaluación positiva de la situación del país.

En otro estudio y junto con Ignacio Sánchez-Cuenca, Barreiro estudia la relación entre la evaluación de la gestión del gobierno y el voto (Barreiro y Sánchez-Cuenca, 1998). Esta relación puede estar determinada no solamente por los factores políticos apuntados por Maravall y Przeworski, sino también por la responsabilidad que los individuos atribuyen al gobierno en la marcha del país y por los juicios contrafácticos (“¿cómo lo habría hecho otro partido?”) y las comparaciones hipotéticas (“¿cuál partido lo haría mejor?”). Para llevar a cabo un estudio así es necesario que las encuestas incluyan preguntas que permitan obtener datos acerca de las variables que el modelo propone; tampoco en este caso las encuestas que nosotros estamos utilizando lo permiten. Por otra parte, las evaluaciones que los encuestados venezolanos hacen de la situación del país sufre un cambio bastante pronunciado entre noviembre y diciembre de 1998, mejorando mucho en este mes con respecto al anterior. El único evento político de gran envergadura que media entre ambos momentos son las elecciones de principios de diciembre. De ese modo, las altamente positivas valoraciones que se observan en diciembre están condicionadas por la elección del nuevo gobierno. Aquí podríamos intentar establecer el grado de asociación entre la valoración de la situación del país y la participación electoral, pero el hecho de que la evaluación de la situación del país esté determinada por otros factores hace que explicar la participación electoral por esta variable sea incorrecto.

Aunque hoy es común llevar a cabo estudios en los que se pone a prueba modelos que intentan medir la influencia conjunta de las variables que acabamos

¹¹ Véase, por ejemplo, Maravall y Przeworski (1998), Stokes y Manim (1999), Lewis-Beck (1988).

de mencionar, ellas responden en realidad a tres modelos o enfoques teóricos distintos de larga tradición en la ciencia política¹² (Anduiza Perea, 1999:90). El primero de ellos es el modelo de estatus socioeconómico, que intenta explicar las desigualdades políticas a partir de las desigualdades socioeconómicas (p. 91). Según las premisas de este enfoque, hay diferencias significativas entre votantes y abstencionistas en cuanto a niveles de ingreso, educación, clase social y estatus ocupacional, que se traducen en diferencias con respecto a las actitudes que favorecen la participación y la forma de encarar el acto de votar (p. 90). El segundo modelo es el de la integración social y pone el acento en la integración social, la comunicación y la interacción de los electores (p. 91). El postulado principal de este enfoque es que aquellos individuos que están más expuestos a flujos de información, presión social y movilización tienen mayores probabilidades de votar que aquellos que se encuentran en una situación de aislamiento (p. 91). Finalmente, el modelo de actitudes políticas relaciona la participación electoral de los ciudadanos con su compromiso con la política. Interés por la política, identificación partidista, interés por la campaña, sentido de responsabilidad ciudadana, sentido de eficacia política, etc., son algunos de los elementos que favorecen la participación electoral (p. 91).

RECURSOS Y COMPROMISO POLÍTICO

Nosotros hubiéramos querido poner a prueba hipótesis derivadas de las consideraciones de cada uno de los enfoques, pero dejaremos de lado el análisis de la integración social. En las encuestas que estamos utilizando no se pide a los encuestados que indiquen su estado civil, ni se les pregunta acerca de su asistencia a los servicios religiosos. Nos quedaría solamente medir la integración social a través de la pertenencia a organizaciones, pero eso sólo lo podríamos hacer en el caso de las elecciones de noviembre, y aun en ese caso, el hecho de que apenas el 13 por ciento de los encuestados declare pertenecer a alguna organización, porcentaje bastante bajo y para nuestros fines poco significativo estadísticamente, nos hace dejar de lado el análisis de la integración social. En consecuencia, las hipótesis que pondremos a prueba en lo que sigue son las siguientes:

1. Cuanto mayor sean los niveles de recursos de un individuo, menores serán las probabilidades de que se abstenga.

¹² El modelo de estatus socioeconómico, desarrollado por Verba y Nie en su obra de 1972, *Participation in America. Political democracy and social equality*. New York, Harper & Row; el modelo de Columbia, desarrollado por Lazarsfeld y otros en 1944 en su *The people's choice. How the voter makes up his mind in a presidential campaign*, y el modelo de Michigan, desarrollado por Campbell y otros (1960) en *The American voter*. Chicago (Anduiza Perea, 1999:90-91).

2. Cuanto mayor es el grado de interés y de compromiso político de un individuo, menor será la probabilidad de que se abstenga.

Más adelante profundizaremos nuestras explicaciones acerca de las variables seleccionadas y su operacionalización. Basta por ahora con mencionar que para el análisis de los recursos las variables en consideración serán edad y educación, y para el análisis del compromiso político serán interés por la política, proximidad a un partido político e ideología.

El cuadro 3 muestra los coeficientes de correlación simple de las variables que hemos seleccionado y la participación electoral. La edad y la ideología guardan una relación bastante débil con la participación electoral; en cambio, la relación es significativa cuando las variables en consideración son la educación, el interés y la proximidad a un partido. Estos resultados confirmarían, en primera instancia, lo que ya han sostenido muchos analistas venezolanos, aunque usando datos agregados: el incremento de la abstención electoral está asociada con el descenso en los índices de afiliación partidista. Por otra parte, el nivel de educación formal, contrariamente a las tendencias observadas en los estudios comparados, se revela en el caso venezolano como una variable asociada a la abstención electoral. En nuestra opinión, ello, a su vez, está asociado con el aumento sostenido de la deserción escolar que se ha producido en Venezuela desde principios de la década de los ochenta hasta –por lo menos y en cuanto a lo que nos interesa por ahora– finales de los años noventa y que afecta a la población electoral más joven, lo que solaparía el efecto de la edad, asociado significativamente con la participación electoral en la literatura especializada.

Cuadro 3
Coeficientes de correlación simple r de Pearson*

	Edad	Educación	Interés	Proximidad	Ideología
Noviembre	-0,033	-0,144	0,175	0,209	-0,032
Diciembre	-0,034	-0,125	0,188	0,238	0,105

* Significativos al 0,01.

DEFINICIÓN CONCEPTUAL Y OPERACIONALIZACIÓN DE LAS VARIABLES

Como sucede bastante a menudo en la ciencia política, las variables que se utilizan en los estudios y que pretenden explicar determinados fenómenos no

expresan siempre conceptos unívocos, sino que, por el contrario, responden a conceptos amplios y muchas veces complejos de definir (Anduiza Perea, 1999:71). Por otra parte, una vez que las variables explicativas han sido definidas es necesario hacerlas operativas, esto es, seleccionar los indicadores que permitan su medición y el manejo adecuado para el análisis propuesto. La operacionalización de las variables, sin embargo, no depende solamente del tipo de variables a estudiar, sino del instrumento utilizado para recoger la información de la misma (en nuestro caso, las encuestas).

Tres de nuestras variables no representan problema alguno a la hora de su definición conceptual y operativa. Una de ellas es, claramente, la variable dependiente. Desde el punto de vista individual, la gente vota o no vota. Por lo tanto, en este estudio se entiende la abstención electoral como “el acto de abstenerse de votar de un elector” (Justel, 1995:14).¹³ Esta definición despoja de cualquier juicio de valor las referencias al *abstencionista* o *abstencionistas*, por cuanto no implican que sean partidarios de o adictos a la idea de abstenerse (p. 14). Operativamente, la variable tampoco representa problema alguno, porque sólo puede haber dos indicadores: *sí votó* o *no votó*.¹⁴

Las otras dos variables relativamente sencillas de definir y operacionalizar son la edad y la educación. Quizás sea una perogrullada decirlo, pero la edad es el tiempo transcurrido desde el nacimiento; se mide, por tanto, a través de los años cumplidos. Las preguntas de las encuestas que nosotros estamos utilizando no son las mismas en los dos casos: en la encuesta preelectoral se pide a los encuestados que señalen su edad, mientras que en la postelectoral se les pide que se ubiquen en un grupo etario. Para unificar los criterios de medición y facilitar el análisis hemos optado por ubicar en los mismos grupos etarios a los encuestados de la primera encuesta. Así, tenemos seis grupos: 1) 18-24 años; 2) 25-34 años; 3) 35-44 años; 4) 45-54 años; 5) 55-64 años; y 6) más de 65. Por otra parte, se entenderá la educación como el nivel de educación formal de los individuos, es decir, el nivel de escolaridad alcanzado por ellos:¹⁵ 1) Primaria incompleta; 2) Primaria completa; 3) Secundaria completa; 4) Técnica completa/Superior incompleta, y 5) Superior completa.

¹³ Una segunda acepción de la abstención electoral, desde un punto de vista ecológico, se refiere a la suma o agregado de electores que no han votado en unas elecciones determinadas (Justel, 1995:14).

¹⁴ Más adelante, a la hora de realizar la regresión logística, veremos qué valores numéricos se le asignan a cada categoría.

¹⁵ En aras de evitar repeticiones molestas y favorecer la lectura, en el presente documento se utilizan “educación”, “nivel educativo”, “nivel de instrucción” y “nivel de educación formal” para referirse a la educación formalmente recibida por los individuos. De ninguna manera y bajo ningún concepto se hace referencia a los “modales” o la “cultura” de los electores o cualquier otro aspecto que pueda reflejar un juicio de valor.

En la categoría “primaria incompleta” se incluyen aquellos individuos que no han sido escolarizados. Asimismo, cada categoría recoge el número de individuos que han completado ese nivel educativo; los que no han podido hacerlo se ubican en la categoría anterior.

Las variables más difíciles de definir y de operacionalizar son las que miden el interés por la política, la proximidad a los partidos políticos y la ideología. En un sentido muy estricto, aquí entenderemos que el “interés por la política” es el “interés que el elector expresa por asuntos políticos y les presta atención” (Anduiza Perea, 1999:112). La manera más simple de medir el interés por la política es recurrir a la autoevaluación de los encuestados con respecto al tema. También se pueden construir índices, utilizando otros indicadores, como la frecuencia con la que los individuos hablan de política con sus familiares o amigos o la frecuencia de lecturas políticas. Nosotros nos quedaremos sólo con la primera opción, puesto que sólo una de las encuestas incluye una pregunta acerca de las conversaciones que sobre política mantienen los encuestados. Así, las categorías de esta variable son: 1) Muy interesado. 2) Algo interesado y 3) Nada interesado.

Hemos preferido utilizar la “proximidad a los partidos políticos” como variable explicativa en lugar de “pertenencia a organizaciones políticas” por varias razones. Una tiene que ver con la tradición en la ciencia política venezolana, que siempre ha distinguido entre militantes, simpatizantes e independientes (que serán los valores que utilizaremos para operacionalizar esta variable), en cuanto a la relación de los ciudadanos con los partidos políticos se refiere. Por otra parte, la pertenencia a las organizaciones políticas es una variable dicotómica que excluye lo que, a nuestro juicio, es un sector importante de la muestra (los simpatizantes). Por lo tanto, con la proximidad a los partidos políticos queremos señalar el grado en que los individuos están involucrados con los partidos políticos. Finalmente, la ideología –tal vez la variable más compleja– pretende medir la autoubicación de los individuos en un *continuum* izquierda-derecha. Como señala Justel (1995:147-148), por tratarse de una variable de carácter subjetivo normalmente no se dispone de indicadores objetivados para su estudio. Las encuestas suelen pedir a los individuos que señalen su ubicación en ese *continuum*, dando valores desde 1 (extrema izquierda) hasta 10 (extrema derecha).

En las páginas que siguen procederemos de manera similar a Anduiza Perea: primero analizaremos la relación entre cada una de las variables que hemos seleccionado y la abstención desde una perspectiva bivariada, y luego estimaremos el

impacto relativo de cada uno de los factores mediante una regresión logística (pp. 59 y ss., 90 y ss.).¹⁶

LOS RECURSOS

La teoría desarrollada hasta ahora en este campo sostiene que “en general quienes participan tienen mayores niveles de educación, ingresos elevados y suelen ocupar posiciones superiores en la escala ocupacional” (Anduiza Perea, 1999:93). Estos recursos facilitan la participación de manera directa, reduciendo los costos de votar y de manera indirecta ayudando en la creación de actitudes favorables a la participación (p. 93). En nuestro estudio nos centraremos solamente en educación y edad. Ello se debe a que la encuesta de noviembre no recoge datos acerca de los ingresos de los entrevistados. La encuesta de diciembre sí lo hace, pero, por una parte, se trata de los ingresos familiares y no individuales y, por la otra, no hay criterios muy definidos para establecer una clasificación entre ingresos bajos, medios o altos. Habríamos podido utilizar la clase social declarada por el individuo, pero los porcentajes de las clases A, B y C+ son estadísticamente poco significativos, por lo que los resultados y las conclusiones que puedan extraerse de ellos estarían sesgadas.

Educación¹⁷

Los argumentos que sustentan que la educación favorece la participación política y electoral apuntan, en primer lugar, a las herramientas que ofrece a los individuos para entender los procesos políticos, para acceder, seleccionar y evaluar información, y para desarrollar habilidades que les permitan manejar los requisitos y procedimientos formales del voto, y en segundo lugar al desarrollo de actitudes que propicien la participación (Anduiza Perea, 1999:98). Sin embargo, a pesar de que numerosos estudios y autores han hallado evidencias de que ello es así, también es cierto que otros tantos autores y estudios han dejado claro que la relación entre educación y participación es más bien ambigua y en muchos casos no significativa cuando se controla, por ejemplo, la influencia de la edad (Anduiza, 1999:98; Justel, 1995:257).

La literatura especializada recoge estas diferencias. De este modo, los estudios oscilan entre aquellos que le otorgan una gran importancia –como en el caso

¹⁶ En ese sentido, lo que haremos ahora será mostrar la relación que hay entre las categorías de las variables seleccionadas y las proporciones que guardan unas con respecto a otras.

¹⁷ Ver nota n° 15.

de Estados Unidos– y en el que una alta participación se asocia a un alto grado de instrucción, y los que consideran que la influencia del nivel de educación no es significativa –algunos estudios del caso francés–, pasando por los que señalan una influencia indirecta (caso alemán) o incierta (caso holandés) (Font, 1993a:160). Font también recoge la afirmación de Manuel Justel de que el caso español sigue las pautas del modelo clásico (a mayor nivel de educación, mayor grado de participación), aunque los resultados que él mismo obtiene parecen señalar, más bien, que serían los grupos con menores niveles de instrucción los más propensos a asistir a las urnas (Font, 1993a:160-161). Manuel Justel matiza su propia afirmación señalando que la relación positiva entre nivel de educación y participación electoral observada en el caso español es “una relación espuria, debido a la intervención de la edad. *Una vez controlado el influjo de la edad, la relación entre nivel de estudios y abstención no es en ningún caso significativo...*”¹⁸ (1995:257). Por otra parte, el análisis de Anduiza Perea “confirma el efecto débil e inconsistente de la educación como determinante de la participación electoral para el caso de los países de Europa Occidental” (1999:100). Anduiza Perea también señala que ya otros autores han resaltado el ambiguo papel de la educación como determinante de la participación electoral y que los estudios van desde los que hallan una relación débil (casos de Alemania y Gran Bretaña), hasta aquellos en los que la abstención es, incluso, mayor en los grupos con niveles de educación más elevados (p. 100). Más adelante veremos qué resultados arroja el análisis multivariante en el caso venezolano; por ahora, consideramos solamente el nivel de instrucción. Éstos son los resultados que hemos obtenido:

Cuadro 4
Porcentajes de abstención según grado de instrucción
Noviembre y diciembre 1998

	Noviembre	Diciembre
Primaria incompleta	34,64	29,85
Primaria completa	34,21	22,22
Secundaria completa	29,46	13,06
Técnica completa/Superior incompleta	20,83	19,46
Superior completa	14,4	9,57
Diferencia¹⁹	20,24	20,28
Ratio	2,41	3,11

¹⁸ Cursivas de Justel.

¹⁹ La diferencia y la *ratio* están calculadas entre las categorías más baja y más alta, es decir, entre primaria incompleta y superior completa.

Aunque hay diferencias de porcentaje de una elección a otra, en el cuadro puede verse claramente que a medida que aumenta el nivel de instrucción también aumenta la participación electoral (o disminuye la abstención, como quiera verse), de manera que los electores con niveles educativos superiores se abstienen en menor proporción que aquellos con niveles de estudios más bajos. Es interesante notar la diferencia de porcentajes entre los que han completado sus estudios superiores y los que ni siquiera completaron sus estudios primarios; tanto en noviembre como en diciembre la diferencia porcentual es de poco más del 20 por ciento. La ratio –calculada también con base en los niveles más bajo y más alto de educación– muestra que los individuos con primaria incompleta se abstienen casi dos veces y media (2,41) más en noviembre y poco más de tres veces (3,11) más en diciembre que los individuos con educación superior completa.

El cuadro también nos permite ver un resultado que no sigue las pautas: en diciembre, los electores con educación secundaria completa se abstuvieron menos que aquellos con niveles inferiores, pero incluso también menos que aquellos con un nivel un tanto superior, los que tenían una educación técnica completa o superior incompleta. Controlando por la edad, hallamos que en casi todos los casos los porcentajes de abstención estuvieron alrededor de 10 por ciento; sólo para el grupo etario de 18-24 años el porcentaje superó el 20 por ciento. Eso explica que la abstención agregada del subgrupo con educación secundaria completa sea bajo, pero no explica por qué es más bajo que en el otro caso que señalamos antes. Intentamos ver si esto estaba asociado a otros factores, pero un análisis descriptivo nos mostró que este grupo básicamente no se diferencia de los otros con respecto a sus características sociológicas (edad, clase social) o actitudinales (interés por la política). Podríamos especular acerca de estos resultados y considerando los factores que se asocian con la participación electoral y podríamos decir que tal vez estos electores estuvieron más movilizados que el resto, pero sólo sería una especulación porque la encuesta no recoge datos acerca de la participación de los individuos en la campaña electoral y/o de los intentos de movilización de los partidos políticos.

Edad

Como señala Justel, parece haber “*un acuerdo generalizado sobre la incidencia de la edad en el comportamiento electoral*” (1995:215).²⁰ Precisamente, Justel habla de dos modelos contrapuestos que intentan explicar la relación entre edad y

²⁰ Cursivas de Justel.

abstención: un primer modelo, rectilíneo, según el cual la abstención tiende a hacerse menor a medida que se incrementa la edad, y un modelo curvilíneo, según el cual la abstención tiende a decrecer hasta los 50-60 años (incluso más, señala Justel), para aumentar nuevamente en los últimos años del *ciclo vital* (p. 216). Muchos autores han preferido el modelo rectilíneo porque de esa manera se puede controlar mejor el efecto de terceras variables; sin embargo, en palabras de Justel, los estudios más potentes han corroborado la persistencia de una relación curvilínea aun después de *descontar* los efectos de esas terceras variables, pues siempre permanece un cierto efecto de ciclo vital, aunque atenuado (p. 217).

También Eva Anduiza Perea señala que la evidencia empírica tiende a dar prioridad a la hipótesis del ciclo vital, pero en este caso frente a una *hipótesis generacional* (1999:95). Según esta última hipótesis, lo que determina el nivel de participación es un proceso de socialización común a cada cohorte generacional; de ese modo, las cohortes que han vivido una mayor movilización política en sus primeros años de socialización política tienden a participar en mayor medida (p. 95). La hipótesis del ciclo vital, por su parte, establece que “al mismo tiempo que maduran, las personas adquieren recursos que facilitan la participación, [...] tienden a sentirse más ligados a los partidos políticos, y a internalizar ideologías con mayor profundidad” (p. 94); del mismo modo, con la edad también suele aumentar “la intensidad de los contactos sociales y la integración en la sociedad y, por lo tanto, la exposición a estímulos movilizadores” (p. 94).

Los recursos aludidos por la hipótesis del ciclo vital se refieren a conocimientos –acerca de partidos políticos, candidatos, procesos políticos y electorales, normativa electoral, etc.– y experiencias (p. 95). Es lo que Justel, siguiendo a otros autores, llama aprendizaje del rol y experiencia del rol (pp. 217-218).²¹ La edad también se ha interpretado como recurso cuando se asocia a las limitaciones que produce en las personas de mayor edad: enfermedades, aislamiento, problemas de movilidad, etc., de manera que en un momento determinado la edad deja de funcionar como un recurso que favorece la participación para transformarse en un obstáculo para la misma (Anduiza Perea, 1999:97).

Eva Anduiza hace una comparación entre los nuevos electores y los electores *experimentados* para poner a prueba el efecto de la edad. En su estudio se encuentra con que –como era de esperar según los estudios comparados– los que hacen uso del derecho al voto por primera vez se abstienen más que los que ya habían

²¹ Sin embargo, Justel hace notar que, en contra de la experiencia del rol, algunos autores han resaltado la rapidez con la cual nuevos electorados acuden a votar, sin que la experiencia electoral previa sea un factor discriminante (Justel, 1995:218).

gozado de esa oportunidad anteriormente (1999:97-99). En Venezuela, antes de 1998 se celebraban elecciones presidenciales cada cinco años; las anteriores a 1998 se realizaron en 1993. Por lo tanto, quienes hacían uso de su derecho por primera vez en 1998 tenían como máximo 22 años (en 1993 habrían tenido 17 años, no aptos legalmente para votar aún). Sin embargo, una comparación como la que hace Anduiza –con base en diferencias entre las medias aritméticas de cada grupo y a la razón entre ellas– sólo es posible llevarla a cabo aquí para las elecciones de diciembre, ya que en la encuesta posterior a las elecciones noviembre no se pide a los encuestados que digan su edad, sino que se ubiquen en un grupo de edad (los aquí utilizados).²² Los resultados obtenidos fueron los siguientes:

Cuadro 5
Porcentajes de abstención de los nuevos electores y los electores experimentados
Diciembre 1998

Nuevos electores	Electores experimentados	Diferencia	Ratio
28,57	20,00	8,57	1,43 ²³

Considerando los resultados obtenidos por Anduiza, el caso que nosotros estudiamos no parece mostrar mucha diferencia entre un grupo y otro, aunque podemos ver que los nuevos electores se abstienen más que los experimentados.²⁴ En 1998 los nuevos electores eran 196, de los cuales se abstuvo el 28,57 por ciento (56 individuos); los electores ya experimentados –que habían disfrutado de su primera oportunidad en 1993– eran 155, de los cuales se abstuvieron –en 1998– 31, el 20 por ciento. Sin embargo, si le seguimos un poco la pista a esos electores ya con experiencia, hallaremos que 65 de ellos (41,9 por ciento) declararon haberse abstenido en 1993, primera oportunidad en la que podían hacer uso de su derecho al voto; 19 de ellos declararon haberse abstenido nuevamente en 1998.

Ahora vamos a comparar a los más jóvenes con los más maduros. El cuadro 6 recoge los resultados. Como vemos, los grupos con mayores porcentajes de abstención son los más jóvenes y los de mayor edad, mientras que aquellos que se pueden considerar los más maduros presentan los menores niveles de abstención.

²² Antes de 1998 se habían celebrado elecciones regionales en 1995.

²³ Este resultado indica que los nuevos electores se abstienen 43 por ciento más que los electores experimentados.

²⁴ Los resultados de Anduiza incluyen diferencias aritméticas de hasta 49,8 (en el caso de Irlanda) y ratios de hasta 12,2 (en el caso de Grecia). Tales diferencias, explica Anduiza, pueden deberse a efectos de cohorte y también a variables asociadas con la edad, como la apatía y la despolitización (Anduiza Perea, 1999:98).

Cuadro 6
Porcentajes de abstención según grupo de edad
Noviembre y diciembre 1998

	Noviembre	Diciembre
18-24	33,71	25,87
25-34	30,24	17,58
35-44	26,24	15,57
45-54	19,58	13,64
55-64	28,57	18,36
Más de 64	36,25	25,58
Diferencia²⁵	14,13	12,23
Ratio	1,72	1,9

Las diferencias son notables: la diferencia aritmética alcanza los 14,13 puntos en noviembre y los 12,23 en diciembre. Pero si prestamos atención a la ratio, notaremos que los más jóvenes se abstienen casi el doble que los que tienen edades entre los 45 y los 54 años: 72 por ciento en noviembre y 90 por ciento en diciembre. El cuadro también nos permite ver que la abstención vuelve a aumentar nuevamente, una vez que los individuos han superado ese período de madurez. Resumiendo bastante lo que estos resultados muestran, diremos que ellos siguen las pautas ya señaladas por otros autores y que establecen una relación positiva entre edad y participación electoral.

ANÁLISIS MULTIVARIABLE DE LOS RECURSOS

Para el análisis multivariable hemos realizado un análisis de regresión Probit, con la participación electoral como variable dependiente y con valores de uno (1) para haber votado y cero (0) para haberse abstenido.²⁶ Nuestras variables independientes son, como queda claro, educación y edad. El cuadro 7 muestra los coeficientes que hemos obtenido: como ya apuntaban los resultados mostrados en los dos anteriores cuadros, en los cuales comparábamos a los abstencionistas según su nivel de educación y al grupo de edad al que pertenecían, el nivel educativo tiene una mayor influencia que la edad –tanto en noviembre como en diciembre– sobre

²⁵ La diferencia y la ratio están calculadas entre las categorías de los más jóvenes y los que la literatura identifica como más maduros políticamente (45-54 años).

²⁶ Para una mayor explicación acerca de la regresión logística y del método Probit, ver Anduiza Perea (1999), Font (1993a), Gunther y Montero (1994).

la participación electoral. De hecho, la relación de la edad y la participación electoral es en ambos casos bastante débil y en el de diciembre estadísticamente no significativa. Ello es así porque el efecto que en el análisis bivariado atribuíamos a la edad, era más bien el resultado del impacto, en este caso, de la educación. Que en el caso venezolano sea la educación la que tenga un mayor impacto y no la edad –como habría de ser según los hallazgos asentados en la literatura especializada– se debe en nuestra opinión al hecho de que desde mediados de los ochenta y hasta finales de los noventa la deserción escolar –tanto para la educación básica como para la media y diversificada– iba en aumento, representando alrededor del 10 por ciento de la población estudiantil en cada caso,²⁷ fenómeno que afecta a las categorías de electores más jóvenes.

Cuadro 7
Coeficientes Probit de los recursos*

	Edad	Educación
Noviembre	0,04965 [0,01745]	0,10062 [0,02136]
Diciembre	0,00381 [0,01704]	0,04677 [0,02335]

* Error estándar entre corchetes.

EL COMPROMISO POLÍTICO

Para muchos, éste ha sido el modelo que ha dominado los estudios de comportamiento electoral en las últimas décadas, lo que ha supuesto la marginación de los estudios de carácter sociológico (Anduiza Perea, 1999:112). Este modelo supone que el interés por la política y por la campaña electoral, conocimiento de los asuntos públicos, sentido de eficacia, la afiliación a un partido, la tenencia de una ideología, etc. (Barreiro, 2000:5) guardan una fuerte relación con la participación electoral (p. 5). Veamos qué sucede en el caso venezolano.

Interés por la política

Anduiza Perea señala que la relación entre interés y participación es tan estrecha conceptualmente que explicar esta última en términos de aquélla es no explicar

²⁷ Pueden consultarse los datos en la página web del Instituto Venezolano de Estadística: (www.ine.gov.ve).

nada (Anduiza Perea, 1999:113). Para Justel, esa explicación puede ser más bien *meramente tautológica* (Justel, 1995:263). Sin embargo, es de esperar que quienes no muestren ningún interés tengan unos conocimientos –de los partidos, candidatos y de los procesos políticos– más limitados (p. 263) y conformen, a su vez, el grueso de los abstencionistas (Font, 1995:24). Cabe resaltar asimismo que ello no se traduce en actitudes negativas y/o de rechazo al sistema (Anduiza Perea, 1999:113) y que entre el colectivo abstencionista hay muchos individuos muy interesados por las cuestiones políticas (Font, 1995:24). Por lo tanto, no debe asumirse que todos los que finalmente votan tienen un alto nivel de interés y que los que se abstienen no tienen ninguno en absoluto (Anduiza Perea, 1999:113). Por el contrario, el colectivo abstencionista tiene un carácter marcadamente heterogéneo en términos de politización, aunque el poco interés sea mayoritario (Font, 1995:24). Font resalta asimismo el caso de los jóvenes, poco propensos a asistir a las urnas de votación, pero muy participativos a través de mecanismos no convencionales (p. 24). Metodológicamente hablando –y en palabras de Justel–, eso quiere decir que la relación entre interés y participación electoral no se debe dar nunca por descontada y mucho menos por invariable (Justel, 1995:263). De hecho, los resultados obtenidos por Anduiza Perea aunque muestran que la dirección en todos los casos es la misma (los no interesados o apáticos son los que más se abstienen), la magnitud no es homogénea, con diferencias porcentuales entre 5 y 40 puntos (Anduiza Perea, 1999:114). La relación entre interés y participación electoral es fuerte en los casos de Dinamarca y Alemania, donde los no interesados se abstienen hasta cinco (5) veces más que aquellos que muestran un interés por la política. La relación más débil se observa en el caso de Portugal, donde el interés no parece tener un efecto significativo sobre la participación (p. 114). En general, los que muestran un interés por la política suelen votar muy por encima de la media de participación del país, mientras que, por lo general, los no interesados o apáticos se abstienen tres veces más que los interesados (p. 114). Resultados similares obtiene Justel en el caso español. En un estudio que abarca un período considerable de la democracia española (desde 1979 hasta 1993, e incluyendo elecciones generales, autonómicas y municipales), encuentra que los no interesados se abstienen tres veces más que aquellos que dicen tener un interés general por la política y que han seguido la campaña electoral previa a cada elección también con cierto interés (p. 267). En el caso que nos ocupa, los resultados han sido los siguientes.

El cuadro 8 muestra que el interés por la política es un factor que está asociado positivamente con la participación electoral. Los electores que se consideran muy interesados se abstienen poco, y en todo caso muy por debajo de los que dicen no tener interés por la política. De hecho, las ratios que mostramos en el cuadro

indican que los no interesados se abstienen hasta 3 (noviembre) y 5 y ½ (diciembre) veces más que los muy interesados.

Cuadro 8
Porcentajes de abstención según el interés por la política
Noviembre y diciembre 1998

	Noviembre	Diciembre
Nada interesada	37,45	29,90
Algo interesada	24,86	14,63
Muy interesada	12,44	5,37
Diferencia²⁸	25,01	24,53
Ratio	3,01	5,57

La proximidad a los partidos

Eva Anduiza Perea (1999:115) prefiere hablar de politización en lugar de identificación, pues este último concepto es bastante vago. Lo mismo sostiene Font (1995:28), quien señala además que no está totalmente claro a qué se refiere el concepto exactamente. La identificación puede incluir la identificación con un partido propiamente dicho, con una ideología, con unos valores o símbolos, etc. (Anduiza Perea, 1999:115; Font, 1995:28). Por ello, Anduiza Perea prefiere hablar de politización, y en dicho concepto sintetiza la identificación que los electores sienten hacia los partidos políticos o hacia las ideologías (Anduiza Perea, 1999:117). Nosotros, en nuestro caso, utilizaremos la proximidad²⁹ a los partidos políticos, cuyos indicadores son militancia, simpatía o independencia. Los resultados que hemos obtenidos están en el cuadro 9 y, como era de esperar, los más próximos a los partidos –los que se declaran militantes– participan más que los que se hallan más lejos –los que se declaran independientes. Esta variable ha sido señalada como una de las más importantes a la hora de explicar el comportamiento electoral, ya que a medida que aumenta la preferencia por un partido se incrementan también las probabilidades de votar. Esto quiere decir, en el caso que a nosotros nos interesa, que

²⁸ La diferencia y la ratio están calculadas entre las categorías de los nada interesados y los muy interesados.

²⁹ Eva Anduiza habla de *proximidad* a los partidos políticos –para indicar la identificación de los electores con los partidos– como una variable distinta a *pertenencia* a partidos políticos. En este punto nosotros seguimos la tradición de la ciencia política venezolana y cuando hablamos de proximidad incluimos en la misma variable la pertenencia a partidos políticos.

aquellos electores que no tienen una preferencia partidista clara tienen mayores dificultades para decidir su voto, con lo que las probabilidades de que se abstengan son mayores (pp. 115-116). Por otra parte, la pertenencia a partidos u organizaciones políticas favorece la participación electoral, al ser una fuente de incentivos, de presiones y de información (p. 116). En los casos que están bajo su estudio, Eva Anduiza Perea halla que los individuos politizados participan en mayor medida – incluso hasta cuatro veces más, en algunos casos– que los despolitizados (p. 117). Por nuestra parte, los resultados que hemos obtenido pueden verse en el cuadro 9. Las diferencias en los porcentajes de abstención dentro de cada categoría, así como la ratio entre independientes y militantes señalan, además, que la diferencia no es pequeña.

Tabla 9
Porcentajes de abstención según la proximidad a los partidos políticos
Noviembre y diciembre 1998

	Noviembre	Diciembre
Independencia	30,46	17,05
Simpatía	18,79	9,51
Militancia	11,76	4,34
Diferencia ³⁰	18,70	12,71
Ratio	2,60	3,92

ANÁLISIS MULTIVARIABLE DEL COMPROMISO POLÍTICO

Al igual que antes, nuestra variable dependiente –participación electoral– toma el valor de uno (1) para el voto y de cero (0) para la abstención. La variable “interés” toma los valores de uno (1) para “muy interesado”, dos (2) para “algo interesado” y tres (3) para “nada interesado”; los indicadores de la proximidad a un partido político son “militancia (valor 1)”, “simpatía” (valor 2) e “independencia” (valor 3). En el cuadro 10 podemos ver los coeficientes del análisis Probit que hemos realizado. En el modelo también hemos incluido, siguiendo lo propuesto por Barreiro (2000), la ideología para ver si tenía alguna influencia.

Como puede verse, en noviembre el efecto del interés es más fuerte que la proximidad a un partido, pero en diciembre sucede lo contrario: es la proximidad

³⁰ La diferencia y la ratio están calculadas entre las categorías “independencia” y “militancia”.

Cuadro 10
Coeficientes Probit del compromiso político*

	Interés	Proximidad	Ideología
Noviembre	-0,14145 [0,03154]	-0,05085 [0,04942]	-0,00569 [0,00902]
Diciembre	-0,05806 [0,04346]	0,08256 [0,04583]	0,01541 [0,01155]

* Error estándar entre corchetes.

la que tiene un impacto mayor que el interés, aunque, en todo caso, débil. La ideología, que hemos incluido en el modelo, no tiene un impacto significativo en ningún caso. Esto último es interesante: antes hemos insistido en que los estudios electorales en Venezuela suelen excluir un conjunto de variables, como la ideología. Los resultados parecerían darle la razón a quienes así proceden, pues esta –la ideología– no se ha mostrado significativa en ningún caso. Conviene, sin embargo, tener en cuenta que nuestro estudio se centra solamente en el año 1998 y en las dos elecciones que se llevaron a cabo ese año; nuestros resultados no son extrapolables a otras situaciones, a otras elecciones u otros años. Pueden servir, y tal es nuestra intención, como marco de comparación.

CONCLUSIONES

La abstención electoral en Venezuela ha sido interpretada recurrentemente en la literatura sobre participación electoral como un rechazo y la consiguiente pérdida de legitimidad del sistema y/o de sus actores principales y se la ha asociado con el descrédito de las élites y la percepción de inutilidad de las elecciones. Ello ha llevado a que muchas veces se señale a la abstención como una conducta patológica. En nuestra opinión, las razones de que ello sea así se deben a que los estudios se basan en datos agregados y sus conclusiones se derivan del análisis de algunos de los factores institucionales solamente, dejando de lado los elementos individuales que inciden sobre la participación electoral.

En nuestro estudio hemos querido suplir esa carencia, atendiendo al análisis de los recursos y del compromiso político como factores que están asociados con la participación política. Entre los hallazgos más interesantes debemos hacer constar la alta asociación de los bajos niveles de educación formal con la abstención electoral, elemento que, creemos, solapa el efecto que puede tener la edad, y que tiene

su base en los fenómenos de deserción escolar antes apuntados. Es oportuno señalar que en este punto la crisis económica experimentada por Venezuela desde principios de los ochenta juega un papel importante. Quedaría por hallar evidencia empírica que corroborara (o desmintiera, según fuese el caso) la aseveración de que quienes desertaban del sistema escolar lo hacían impulsados por las precariedades socioeconómicas que vivían. Asimismo, y sin entrar en un análisis muy detallado, hemos visto que las percepciones de la situación política y económica³¹ no dependen exclusivamente de lo que podríamos llamar condiciones económicas objetivas, sino que también están sujetas a variación por la influencia de factores como las afinidades políticas y, en el caso que nos ocupa, con los resultados de las elecciones.³²

También merece la pena resaltar la confirmación de que la abstención electoral está asociada con el descenso en los niveles de militancia partidista y con el poco interés que los individuos dicen sentir por la política. Quedan, sin embargo, por estudiar las causas que han llevado a que esos niveles de militancia partidista hayan descendido. En la introducción señalábamos que algunos autores hablan de procesos de desalineamiento y realineamiento partidistas, aunque tampoco se explican las causas de esos fenómenos.

Hemos constatado a lo largo de nuestra investigación lo que a nuestro juicio son carencias en los estudios de opinión realizados. Muchas cuestiones no son abordadas y otras no lo son adecuadamente.³³ Esto puede obedecer a consideraciones de orden teórico; la religión, por ejemplo, ya desde los primeros años de la década de los setenta se consideraba irrelevante para explicar las pautas de participación electoral. Sin embargo, como hemos sostenido muchas veces, Venezuela es un país que ha sufrido cambios importantes en las últimas décadas y conviene poner a prueba esas consideraciones o, en todo caso, hallar sustento empírico para ellas. Pero también se deben apuntar razones extraacadémicas: en Venezuela no hay un instituto de la envergadura del Centro de Investigaciones Sociológicas –para poner el ejemplo más a la mano– que realice estudios de opinión con la misma capacidad y el mismo detalle. Por otra parte, el apoyo a la investigación, especialmente en el campo de las ciencias sociales, es bastante reducido, por lo

³¹ “Situación nacional” como era la pregunta que constaba en los cuestionarios de las encuestas que nosotros utilizamos.

³² Véase supra, páginas 15 y 16. También véase Maravall y Przeworski (1998), Stokes y Manim (1999), Lewis-Beck (1988).

³³ En la encuesta de noviembre se pregunta, por ejemplo, “¿Cree usted que los partidos políticos venezolanos tienen arreglo?” La pregunta tal vez obedece a consideraciones empíricas constatadas por los analistas venezolanos, según las cuales los partidos políticos venezolanos son ineficaces, ineficientes, poco útiles y, en todo caso, que algo falla con ellos. Y aunque la pregunta no dirige las respuestas de los encuestados, obviamente condiciona sus percepciones.

que los estudiosos muchas veces se tienen que contentar con llevar a cabo estudios parciales. Esperemos que tales carencias puedan suplirse y que tanto los estudios de opinión como los análisis basados en ellos permitan mejorar el estado de la cuestión en la ciencia política venezolana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ÁLVAREZ, A. (1996). “La crisis de hegemonía de los partidos políticos venezolanos”, en A. Álvarez, coord. *El sistema político venezolano: crisis y transformaciones*. Caracas: IEP-UCV, pp. 131-154.

ANDUIZA PEREA, E. (1999). *¿Individuos o sistemas? Las razones de la abstención en Europa occidental*. Madrid: CIS.

BARNES, W. A. (1997). “Elections in incomplete democracies: the myth and the reality of polarization, and the puzzle of voter turnout, in Nicaragua and El Salvador”. Mimeo (Paper prepared for the Annual Meeting of the Latin American Studies Association in Guadalajara, México).

BARREIRO, B. (2001). *Los determinantes de la participación en las elecciones españolas de marzo de 2000: el problema de la abstención en la izquierda*. Madrid: CEACS-Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones. Estudio/Working Paper 2001/171.

BARREIRO, B. e I. Sánchez Cuenca (1998). “Análisis del cambio de voto hacia el PSOE en las elecciones de 1993.” *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 82:191-211.

BECK, P.A. (1986) “Choice, context, and consequence: beaten and unbeaten paths toward a science of electoral behaviour”. Weisberg, Herbert F. ed. (1986). *Political science: the science of politics*. New York: Agathon Press, pp. 241-283.

BECK, P. A. y otros (1984). *Electoral change in advanced industrial democracies: realignment o dealignment?* Princeton: Princeton University Press.

BOIX, C. y C. Riba (2000). “Las bases sociales y políticas de la abstención en las elecciones generales españolas: recursos individuales, movilización estratégica e instituciones electorales”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 90:95-120.

CAMPBELL, A.; P. Converse y otros (1960). *The American voter*. Chicago: The University of Chicago Press.

CRISP, B. (1998). “El sistema electoral venezolano y las relaciones entre los poderes gubernamentales”. *Cuestiones Políticas*, 21:11-46.

FIORINA, M.P. (1991). “Esbozo de modelo de elección de partido”, en J. Colomer, ed. *Lecturas de teoría política positiva*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, pp. 339-376.

FONT, J. (1995). “La abstención electoral en España: certezas e interrogantes”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 71-72:11-37.

_____ (1993a). “L’abstenció metropolitana: el caso de Madrid i Barcelona”. Barcelona, Tesis Doctoral. Microfilm, UAM.

_____ (1993b). “Non-voting in Catalonia”. Universidad Autónoma de Barcelona. Instituto de Ciencias Políticas y Sociales. Working Paper 75.

FRANKLIN, M. (1996). “Electoral participation”. L. LeDuc; R. Niemi, y N. Pippa, eds. *Comparing democracies. Elections and voting in global perspective*. Londres: Sage, pp. 216-235.

FRANKLIN, C. y J.E. Jackson (1986). Structural estimation with limited variables”. Weisberg, Herbert F., ed. (1986). *Political science: the science of politics*. New York, Agathon Press, pp. 201-224.

GUNTHER, R. y J.R. Montero (1994). “Los anclajes del partidismo: un análisis comparado del comportamiento electoral en cuatro democracias del sur de Europa”, en P. Castillo, Pilar, ed. *Comportamiento político y electoral*. Madrid: CIS, pp. 467-489.

HERNÁNDEZ, J. (1998). “Organización electoral y credibilidad”. *Cuestiones Políticas*, 21:63-71.

HIDALGO, M. (2002). “Democratización en un procesos de decadencia. Reformas políticas en Venezuela, 1984-1994”. Madrid, mimeo.

_____ (2000). “Liderazgo político y reforma económica: el caso de Venezuela, 1989-1998”. *Zona Abierta*, 90/91:91-160.

HIDALGO, M. (1998). "Consolidación, crisis y cambio del sistema venezolano de partidos". *Politeia*, 21:63-106.

JUSTEL, M. (1995). *La abstención electoral en España, 1977-1993*. Madrid: CIS.

KNUTSEN, O. (1995). "Party choice", en J. Deth, y E. Scarbrough, eds. *The impacts of values*. Oxford: Oxford University Press, pp. 465-489.

KORNBLITH, M. (1996). "Crisis y transformación del sistema político venezolano: nuevas y viejas reglas de juego", en Álvarez, A. coord., *El sistema político venezolano: crisis y transformaciones*. Caracas: IEP-UCV, pp. 1-31.

LAZARFELD, P.; B. Berelson y H. Gaudet (1968). *The people's choice. How the voter makes up his mind in a presidential campaign*. New York: Columbia University Press.

LEDUC, L.; R. Niemi, y N. Pippa, eds. (1996). *Comparing democracies. Elections and voting in global perspective*. Londres: Sage.

LEVINE, D. (1978). "Venezuela since 1958: the consolidation of democratic politics", en J. Linz y A. Stepan, eds. *The breakdown of democratic regimes. Latin America*. Baltimore and London: The John Hopkins University Press, pp. 82-109.

LEWIS-BECK, M. (1988). *Economics and elections. The major western democracies*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.

LIJPHART, A. (1997). "Unequal participation: democracy's unresolved dilemma". *American Political Science Review*, 91:1-14.

LINZ, J. y A. Stepan, eds. *The breakdown of democratic regimes. Latin America*. Baltimore and London: The John Hopkins University Press.

LIPSET, S.M. (1987). *El hombre político. Las bases sociales de la política*. Madrid: Tecnos.

LYNE, M.M. (1997). "The voter's dilemma, factions, and strange bedfellows or why Latin American political parties historically weakened democracy and how we can tell". Mimeo (Paper prepared for the Annual Meeting of the Latin American Studies Association in Guadalajara, México, 1997).

LÓPEZ MAYA, M. (2000). “La popularidad de Chávez ¿Base para un proyecto popular?” *Cuestiones Políticas*, 24:11-36.

LÓPEZ MAYA, M. y L.E. Lander (1999). “Triunfos en tiempos de transición. Actores de vocación popular en las elecciones venezolanas de 1998”. *Cuestiones Políticas*, 22:107-131.

MACKIE, T.; M. Franklin y otros (1992). “Electoral change and social change”. M. Franklin; T. Mackie y otros. *Electoral change. Response to evolving social and attitudinal structures in western countries*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 3-32.

McRAE, D., Jr. (1986). “The science of politics and its limits”, en H.F. Weisberg, ed. *Political science: the science of politics*. New York: Agathon Press, pp. 24-48.

MAINGON, T. y H.R. Sonntag (1997). “Entre la abstención y la “normalidad”: las elecciones locales y regionales de 1995 en Venezuela”. Mimeo (Paper prepared for the Annual Meeting of the Latin American Studies Association in Guadalajara, México, 1997).

MAINGON, T.; C. Pérez Baralt y H.R. Sonntag (2000). “La batalla por una nueva Constitución para Venezuela”. *Cuestiones Políticas*. 24: 37-75.

MARAVALL, J.M. y A. Przeworski (1998). “Political reactions to the economy: the spanish experience”. Madrid: Instituto Juan March. Estudio/Working Paper 127.

MOLINA VEGA, J.E (1999). “La democracia venezolana en una encrucijada: las elecciones nacionales y regionales de 1998”. *Cuestiones Políticas*, 22:75-105.

_____ (1993). “Votar en crisis: las elecciones de 1992”. *Cuestiones Políticas*, 11:69-86.

MOLINA VEGA, J.E. y C. Pérez Baralt (1994). “Venezuela: ¿un nuevo sistema de partidos? Las elecciones de 1993”. *Cuestiones Políticas*, 13:63-89.

MONTERO, J.R. (1986). “La vuelta a las urnas: participación, movilización y abstención”, en J. Linz y J.R. Montero, eds. *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*, pp. 71-84.

- NAÍM, M. (2001). “La Venezuela de Chávez”. *Política Exterior*, 82:51-70.
- PEREIRA, V. (2001). “Tiempos de cambio en las actitudes políticas de los venezolanos”. *Revista América Latina Hoy*, 21:51-62.
- REY, J.C. (1991). “La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación”. *Revista de Estudios Políticos*, 74:533-578.
- ROSENSTONE, S. y J.M. Hansen (1993). *Mobilization, participation and democracy in America*. New York: Macmillan.
- SALAMANCA, L. (1996). “Crisis de la modernización y crisis de la democracia en Venezuela: una propuesta de análisis”, en A. Álvarez, coord., *El sistema político venezolano: crisis y transformaciones*, pp. 239-351, Caracas, IEP-UCV.
- STOKES, S.; A. Przeworski y B. Manim (1999). *Democracy, accountability, and representation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- URBANEJA, D.B. (1992). *Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX*. Caracas: Cepet.
- VAIVADS F., H. (1999). “La teoría del realineamiento partidista. Una aproximación explicativa para el caso venezolano”. *Cuestiones Políticas*, 22:133-145.
- _____ (1994). “Las elecciones de 1993 y sus efectos sobre los partidos políticos y el sistema de partidos”. *Cuestiones Políticas*, 13:91-103.
- VIRÓS, M.R. (1994). “A qualitative approach to electoral abstention”. Barcelona, Institut de Ciències Polítiques y Socials. Working Paper 98.
- VISAUTA VINACUA, B. (1998). *Análisis estadístico con SPSS para Windows. Estadística multivariante*. Madrid: McGraw-Hill.
- _____ (1997). *Análisis estadístico con SPSS para Windows. Estadística básica*. Madrid: McGraw-Hill.
- WEISBERG, H.F., ed. (1986). *Political science: the science of politics*. New York: Agathon Press.

WEISBERG, H.F. (1986). "Model choice in political science: the case of voting behavior research, 1946-1975", en H.F. Weisberg, ed. (1986). *Political science: the science of politics*, pp. 284-300, New York:, Agathon Press.

WELSCH, F. y J.V. Carrasquero (1998a). "Actitudes hacia la democracia y reforma económica en América Latina". *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 13:45-54.

_____ (1998b). "Valores políticos y económicos del venezolano". *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 14:75-83.

ANEXOS

FICHA TÉCNICA PARA LOS ESTUDIOS "PRE Y POSTELECTORAL 1998" REALIZADOS POR DATOS I.R. PARA REDPOL.

ESTUDIO PRE ELECTORAL

Se realizaron 1.500 entrevistas a nivel nacional en hogares. Con un muestreo probabilístico y polietápico, con un error muestral de 2,5 por ciento calculado al 95 por ciento de confiabilidad.

Trabajo de campo realizado entre el 13 y el 27 de noviembre de 1998. El universo estaba conformado por personas mayores de 18 años, mujeres y hombres, de las clases sociales A/B, C, D y E.

ESTUDIO POSTELECTORAL

Se realizaron 1.200 entrevistas a nivel nacional en hogares. Con un muestreo probabilístico y polietápico, con un error muestral de 2,5 por ciento calculado al 95 por ciento de confiabilidad.

Trabajo de campo fue realizado entre el 08 de febrero y el 2 de marzo de 1999. El universo estaba conformado por personas mayores de 18 años, mujeres y hombres, de las clases sociales A/B, C, D y E.